

Mons. Fulton J. Sheen

EL CORDERO DE DIOS

Ahora que nuestro Señor hubo resistido victoriosamente la suprema tentación de llegar a ser rey de los hombres para llenarles los estómagos, entusiasmarlos con maravillas científicas y concertar un convenio político con el príncipe de las tinieblas, se hallaba dispuesto a presentarse ante el mundo como una víctima que había de ser sacrificada para expiación por el pecado. Después del largo ayuno y de las tentaciones, vinieron a Él unos ángeles y le sirvieron. Luego volvió al Jordán y se confundió durante cierto rato, pasando inadvertido, entre la muchedumbre que rodeaba a Juan. El día anterior, Juan había estado hablando de nuestro Señor a una delegación de sacerdotes y levitas del templo de Jerusalén, que habían venido para preguntarle: "¿Quién eres tú?" Advertían que había llegado el tiempo en que había de aparecer el Cristo o Mesías, y de ahí la intención con que hacían su pregunta. Pero Juan les dijo que él "no era el Cristo". Él era simplemente la voz que anunciaba la Palabra. De la misma manera que Cristo rehusaba títulos de poder externo, así Juan rehusó el título que los fariseos estaban dispuestos a conferirle, incluso el más grande de todos, como el de ser el enviado de Dios.

Al día siguiente, nuestro Señor se hallaba entre la muchedumbre, y Juan le vio a cierta distancia. Inmediatamente Juan recurrió al rico legado de los judíos en cuanto a símbolos y profecías, algo que conocían todos sus oyentes:

*He aquí el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.*

Ioh 1, 29

Juan afirmaba que no debemos esperar ante todo un maestro, un dador de preceptos morales o un hacedor de milagros. Primero hemos de esperar a aquel que recibió la misión de ofrecerse como víctima por los pecados del mundo. Se estaba aproximando la pascua, y los caminos se hallaban llenos de gente que llevaba a sacrificar en el templo sus corderos añales. Delante de todos los corderos, Juan señaló al Cordero que, una vez sacrificado, pondría fin a todos los sacrificios en el templo, porque quitaría los pecados del mundo.

Juan era la voz del Antiguo Testamento, donde el cordero desempeñaba un papel tan importante. En el Génesis encontramos a Abel ofreciendo un cordero, primicias de su rebaño, en un sacrificio cruento en expiación del pecado. Más adelante, Dios pidió a Abraham que sacrificara a su hijo Isaac, símbolo profético del Padre celestial que sacrifica a su propio Hijo. Cuando Isaac preguntó: "¿Dónde está el cordero?", Abraham le dijo:

Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. Gen 22, 8

La respuesta a la pregunta: "¿Dónde está el cordero para el holocausto?", formulada al comienzo del Génesis, era dada ahora por Juan el Bautista al señalar a Cristo y decir: "He aquí el Cordero de Dios". Dios, al fin, se había provisto de un Cordero. La cruz defendida en el desierto durante las tentaciones se estaba mostrando ahora en el Jordán.

Cada familia procuraba tener su propio cordero pascual; y aquellos que ahora estaban llevando sus corderos a Jerusalén, donde el Cordero de Dios decía que había de ser sacrificado, sabían que el cordero era el símbolo de la liberación de Israel de la esclavitud política de Egipto. Juan estaba diciendo que también era símbolo de liberación de la esclavitud del pecado.

El Cordero vendría en forma de hombre, porque el profeta Isaías había predicho:

Yahvé cargo en él la iniquidad de todos nosotros.

Tratado durísimamente, se humilló, y no abrió la boca.

Como cordero fue conducido al matadero.

Is 53, 6-7

El cordero solía ser ofrecido como víctima para el sacrificio de su inocencia y mansedumbre. Por lo tanto, constituía el símbolo más adecuado del carácter del Mesías. El hecho de que Juan el Bautista le llamara Cordero de Dios es sumamente significativo; no era ni el cordero del pueblo, ni el cordero de los judíos, ni el cordero de ningún dueño humano, sino el Cordero de Dios. Cuando finalmente se sacrificó el Cordero, no fue porque hubiera sido víctima de aquellos que eran más fuertes que Él, sino más bien porque estaba cumpliendo su deber voluntario de amor hacia los pecadores. No fue el hombre el que ofreció el sacrificio, aunque fuera el que dio muerte a la víctima; era Dios que se entregó a sí mismo.

Pedro, que era discípulo de Juan, que probablemente se encontraba allí aquel día, más adelante aclararía aun más el significado de "el Cordero" al escribir:

Sabiendo que fuisteis redimidos...

no con cosas corruptibles como oro o plata,

sino con la preciosa Sangre de Cristo,

como de un cordero sin defecto y sin mancha.

1 Petr 1, 18

Después de la resurrección y de la ascensión del Señor, el apóstol Felipe encontró al eunuco de la reina de Etiopía, El eunuco había estado leyendo un pasaje del profeta Isaías que predecía la venida del Cordero:

Como oveja fue conducido al matadero;

y como el cordero es mudo delante del que le trasquila,

así Él no abre su boca.

Act 8, 32

Felipe le explicó que este Cordero ya había sido sacrificado y había resucitado de entre los muertos y subido al cielo. San Juan el evangelista, que también se encontraba a la orilla del Jordán aquel día (puesto que fue uno de los discípulos de Juan Bautista), más tarde estuvo al pie de la cruz cuando el Cordero fue sacrificado. Años más tarde escribió que el Cordero muerto en el Calvario fue muerto intencionadamente desde el comienzo del mundo.

El Cordero que fue inmolado

desde la fundación del mundo.

Apoc 13, 8

Esto quiere decir que el Cordero fue inmolado, por así decirlo, por disposición divina desde toda la eternidad, aunque la consumación temporal había de esperar hasta el Calvario. Su muerte fue conforme al propósito eterno de Dios y al determinado designio de Dios. Pero el principio del amor que se sacrificaba a sí mismo era eterno. La redención estaba en la mente de Dios antes de que se hubieran echado los cimientos del mundo. Desde toda la eternidad, Dios, que se hallaba fuera del tiempo, vio a la humanidad que caía y que era redimida. La tierra misma sería el teatro de este gran acontecimiento. El cordero era el anti-tipo eterno de todo sacrificio. Cuando llegó la hora de la Cruz y el centurión traspaso con su lanza el costado de nuestro Señor, cumplióse entonces la profecía del Antiguo Testamento:

Y mirarán a mí,

a quien traspasaron.

Zach 12, 10

La expresión que use el Bautista para describir el modo como el Cordero de Dios "quitaría" los pecados del mundo es una expresión paralela en las lenguas hebraica y griega; el Levítico describe la víctima propiciatoria, el

macho cabrío, que

Llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos

a tierra inhabitada.

Lev 16, 22

De la misma manera que el macho cabrío sobre el cual se cargan los pecados era expulsado de la Ciudad, así el Cordero de Dios que realmente quitó los pecados del mundo sería arrastrado fuera de la Ciudad de Jerusalén.

Así, el Cordero, que Dios prometió a Abraham que habría de procurarse para holocausto, y todos los otros corderos y animales judíos que los judíos y los paganos sacrificaron a lo largo de toda la historia, derivaron su valor del Cordero de Dios que ahora se encontraba delante de Juan Bautista. Aquí no se trataba de que nuestra Señor profetizara la cruz, sino que más bien el Antiguo Testamento, por medio de Juan, declaraba que Cristo era el sacrificio indicado por la divinidad para expiación del pecado, y el único que podía quitar la culpa humana.

Hacia tiempo que los israelitas se habían dado cuenta de que el perdón de los pecados estaba relacionado en cierto modo con las ofrendas de los sacrificios; por tanto, llegaron a creer que en la víctima había inherente cierta virtud. El pecado se hallaba en la sangre; de ahí que la sangre tuviera que derramarse. No debe extrañar, pues, que cuando la Víctima fue ofrecida en el Calvario y hubo resucitado de entre los muertos, reafirmara cuan necesario era para Él el sufrimiento. Aplicar los méritos de aquella sangre redentora a nosotros mismos era el tema de que habría de tratar el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, cuando se sacrificaban los corderos, parte de su sangre se empleaba para rociar al pueblo. Cuando el Cordero de Dios llegó a ser sacrificado, algunas personas, de un modo horriblemente irónico, pidieron también ser rociadas con aquella sangre:

¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

Mt 27, 25

Pero millones de otras personas encontrarían también la gloria merced a la aspersión de la sangre del Cordero. Juan Evangelista las describió así, mas adelante, en la gloria eterna:

Y oí el clamor de una multitud de ángeles

que estaban alrededor del trono

y de los seres vivientes y de los ancianos;

y se contaban por miríadas de miríadas y millares de millares,

que decían a grandes voces:

*"Digno es el Cordero que ha sido inmolado,
de recibir el poder, y la riqueza, y la sabiduría,
y la fortaleza, y la honra, y la gloria, y la alabanza."*

*Y a toda criatura, en el cielo, y sobre la tierra,
y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas
que hay en ellos, le oí decir:*

*"Bendición, y honra, y gloria, y dominio
al que esta sentado sobre el trono,
y al Cordero, por los siglos de los siglos."*

Apoc 5, 11-14

(Fulton J. Sheen, *Vida de Cristo*, Ed. Herder, Barcelona, 1968, cap. 4, pp. 71-74)